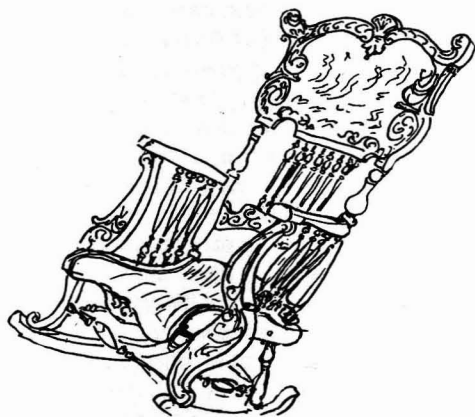


Jojo arrojando a la tía al montón que rueda por el piso de la estancia, hechos una sola mezcla aristócratas y peones.

En los tres episodios mencionados, la lucha contra la forma procede siempre de una conciencia en crisis que pretende alcanzar la autenticidad derogando cualquier vinculación con estilos y creencias. La divisa de *Ferdydurke* es concreta: "Libérez-vous de la Forme. Cessez de vous identifier à ce qui vous définit" (p. 94). Para alcanzar este propósito, el héroe de la novela traza un plan que consiste en participar en los acontecimientos como protagonista y como "metteur en scène". Como actor se somete a los tormentos de una adolescencia tardía; como director, precipita a los otros en la abyección. Su táctica es simple: introducir "un élément trouble" (p. 183) en una forma acabada, "Voilà tout". Pero salir de la anormalidad es volver a caer en ella. Nuestra vida tiene sentido en relación con otros hombres. Cuando esta relación cesa, nuestras deformaciones se vuelven absurdas e injustificables. Si la voluntad se libera la soledad nos hace extraños. En consecuencia, para eludir este círculo vicioso, el protagonista propone la siguiente solución: "Je savais seulement que je devais collaborer avec chaque élément déformant, ridicule, trouble, caricatural et inharmonique qui naîtrait avec tout élément destructif..." (p. 183). Quiere decir que mezclando elementos no afines, combinando formas y estilos, introduciendo lo informe y repelente se puede manejar y destruir a los hombres. De *Bakakai* a *Cosmos* esta táctica persiste como una tabla de salvación. No somos libres pero podemos cambiar el curso de las cosas aprovechando una coyuntura de la realidad. En otras palabras, el juego del "metteur en scène" consiste precisamente en provocar las contradicciones. Esto no quiere decir que los héroes de Gombrowicz creen una realidad más aceptable, simplemente pretenden esquivar la deformación descubriendo lo que hay de falso en el hombre. Su lejana aspiración al orden, a la unión de la madurez con la inmadurez, se reduce, finalmente, al destino incierto de "courir, courir, courir à travers toute l'humanité. Car devant la gueule il n'y a d'abri que dans la gueule (...). Et devant l'archiculum —pas de refuge..."



Estructuralismo



Tristes trópicos

por Gabriel Careaga

Desde el año de 1929, cuando Claude Lévi-Strauss presentaba sus exámenes para ser profesor, y lo hacía en forma sobresaliente, su nombre empezó a figurar en los círculos académicos e intelectuales. En la misma época, otros tres compañeros discutían en términos polémicos y desesperados su situación filosófica y política; habían leído a Hegel y a Marx, y lo entendieron todo, y no entendieron nada ya que no se habían transformado. No es sino hasta con el conocimiento del tercer mundo y la guerra fría cuando se radicalizan: Jean-Paul Sartre sería el padre del existencialismo y terminaría siendo un marxista; Simone de Beauvoir sería la mejor exponente de la fenomenología de la mujer; Maurice Merleau-Ponty haría un intento sobrehumano para unir el marxismo y la filosofía de Husserl. Lévi-Strauss, por otra parte, descubriría el estructuralismo.

En 1935, después de haber ejercido la carrera de profesor, Lévi-Strauss partió para Brasil donde viviría hasta 1940. La posibilidad de estudiar y acercarse a las culturas primitivas, despojado de su cultura europea, hizo que se convirtiera en etnólogo, y fue a través de la etnología como empezó a descubrir las bases del estructuralismo. Cuando volvió a Europa —luego de estar algún tiempo en Estados Unidos—, tardó cuatro años en publicar lo que sería su primer gran libro: *Las estructuras elementales del parentesco*; un libro que iba más allá de los estudios etnológicos y revolucionaba todo el edificio de la antropología moderna. Lo insólito de este libro consistía en la creación de un método que no dejaba lugar a especulaciones ni a divagaciones subjetivas, filosóficas o sociales: la categoría de estructura era la herramienta que sostenía el método de ese libro. "He buscado mi camino largamente —dijo Lévi-Strauss. El último profesor de filosofía que tuve cuando cursaba los últimos años del Liceo me había dicho que estaba hecho para la filosofía y me aconsejó que me dedicara al derecho. Pero estaba muy equivocado; en el fondo se había dado cuenta de que en mis preocupaciones existía un aspecto 'concreto' y un aspecto 'sociológico'. Me matriculé en Leyes. Pero me disgustó, lo confieso, y volví a la filosofía. Esta

me desilusionó y me volqué hacia la etnología. En ella soy un completo autodidacta: nunca asistí a lecciones de esta disciplina, no conocía ni siquiera su existencia. La primera revelación la tuve por razones inconfesables: ansias de evasión, deseos de viajar, etcétera. Fue mi llegada a Brasil y el consiguiente contacto con un país que llamaré, para simplificar, 'exótico', lo que suscitó en mí una curiosidad etnológica. Pero el descubrimiento de la posibilidad de que se pueda llegar a ser etnólogo, o sea, de que la etnología es una profesión, lo debo a la etnología americana y en particular a *Primitive Sociology*, de R. H. Lewis, y partiendo de éste, a la lectura de los otros grandes maestros de la etnología americana (aludo a F. Boas y a A. L. Kroeber). A estos últimos les debo esencialmente dos cosas: la primera, considerada desde un punto de vista inmediato, es la revelación de que existían aún pueblos que se podían estudiar 'en su lugar': aquellos investigadores habían pasado una parte importante de su vida conviviendo con tribus indígenas y pensé que yo podía hacer lo mismo. En segundo lugar, desde un plano teórico, el aspecto despiadadamente crítico y demoleador que esta antropología americana poseía y que es válido para cambiar totalmente todas las grandes construcciones ideológicas de los teóricos de fines del siglo pasado (disfuncionismo, evolucionismo, sociologismo, durheimismo, etcétera). Esta obra de reducción se pudo parangonar en algunos aspectos, creo, con la revolución filosófica de Hume en el siglo XVIII, quien expresó la exigencia de un retorno a la observación directa, la más cercana a la realidad, y de eliminar todas las hipótesis no utilizables. Como yo mismo me había iniciado en la filosofía, este hecho tuvo en mí el efecto de una liberación, en otros términos, una especie de higiene mental que me permitió recomenzar desde cero y realizar mi cógito gracias a la etnología."

Todo lo anterior es relatado en *Tristes trópicos*, un libro fundamental sobre el estructuralismo y sus orígenes intelectuales a través de uno de sus mejores exponentes: Claude Lévi-Strauss. En *Tristes trópicos* se revela la influencia de la antropología norteamericana, de Freud y de Marx que sirvieron para que Lévi-Strauss descubriera que en la historia de la humanidad los hombres se han mistificado y engañado constantemente, en su afán de autojustificaciones. Y que era necesario descubrir un método de conocimiento "no humano".

En *Tristes trópicos* no sólo se registran las ricas experiencias con las culturas primitivas como las de los Bororo, las Nambiquara o las Tupí-Kawaií, sus ritos, sus relaciones sexuales, su metodología, su organización social, su pensamiento. Sino que *Tristes trópicos* es una espléndida autobiografía intelectual en donde el conocimiento del hombre y las cosas acaba por ser un largo, intenso y solitario viaje para encontrarse a sí mismo. En donde "la fraternidad humana adquiere un sentido concreto cuando la tribu más pobre nos presente nuestra imagen confirmada, y una experiencia cuyas lecciones podemos asimilar, junto a tantas otras. Y hasta encontraremos en ellas una

frescura antigua. Pues, sabiendo que desde hace milenios el hombre no ha logrado sino repetirse, tendremos acceso a esa nobleza del pensamiento que consiste, más allá de todas las repeticiones, en dar por punto de partida a nuestras reflexiones la grandeza indefinible de los comienzos. Puesto que ser hombre significa para todos nosotros pertenecer a una clase, a una sociedad, a un país, a un continente y a una civilización; puesto que para nosotros, europeos y terráqueos, la aventura en el corazón del Nuevo Mundo significa en primer lugar que ése no fue el nuestro y que llevamos en nosotros el crimen de su destrucción; además, que ya no habrá otro: vueltos hacia nosotros mismos por esta confrontación, sepamos, por lo menos, expresarla en sus términos primeros, en un lugar y refiriéndonos a un tiempo en que nuestro mundo ha perdido ya la oportunidad de elegir entre sus misiones."

Y de esta forma, *Tristes trópicos* es al mismo tiempo que autobiografía intelectual de uno de los grandes investigadores del siglo XX, teoría del conocimiento.

Latinoamérica



La hora del lobo

por Humberto Musacchio

Rara vez la crítica literaria que se ejerce en publicaciones periódicas tiene más trascendencia que aquella que le otorga el muy personal gusto del lector. Sin embargo, el surgimiento de una crítica cada día mejor pertrechada hace posible que se rebasen los estrechos límites del periodismo. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, acaba de publicar *La hora del lobo*,* recopilación de artículos aparecidos originalmente en un diario de esta capital. Son penetrantes notas del escritor Miguel Donoso Pareja donde trata centralmente la gran literatura que se está haciendo en Latinoamérica. Hay también una ojeada a la obra de escritores jóvenes que han decidido recorrer nuevos o renovados caminos.

El título está inspirado en una bella cita de Ingmar Bergman: "La hora del lobo es la hora en que la noche hace lugar al día, es la hora en que la mayor parte de los agonizantes mueren y en la que más reales son nuestras pesadillas. Es la hora, también, en que las gentes nacen." Y vaya que asistimos al nacimiento de una literatura grandiosa: Cortázar, Lezama Lima, García Márquez y otros —no muchos— que, sin

negarla, han roto con una tradición que, como nuestro pasado histórico, muestra glorias idas y dolores que se perpetúan requiriendo nuevos enfoques.

Donoso enjuicia certeramente a esos creadores. De *Cien años de soledad* dice que al margen de las muchas comparaciones que se le han hecho —con *El Quijote*, *Moby Dick*, *La Biblia*, y demás—, lo que importa es "su significación como novela 'totalizadora' ". Para aclarar esta idea, Donoso Pareja va a Gramsci y ubica la novela entre el grupo de obras "que contiene las contradicciones de complejo histórico social. Una de las diez, no creemos que sean más, extraordinarias novelas que ha producido América Latina".

Al tratar a Cortázar pone el énfasis en ciertos pasajes donde el argentino expone sus ideas sobre la "militancia literaria", entendida ésta como el deber de todo escritor de hacer propaganda a las ideas políticas a través de sus obras. Donoso coincide enteramente con las difundidas tesis del autor de *Rayuela*. El ecuatoriano, que ha visto sufrir a la literatura de su país ese mal que la redujo al panfletismo, hace a propósito de ello una apasionada defensa de Pablo Palacio, figura solitaria que se opuso allá por los años treinta a la demagogia —política y artística— de los llamados realistas.

La libertad en el arte, libro de Honor Arundel —"escritora comunista británica según sus editores"— recibe una andanada de argumentos por la ingenuidad con que se le maneja. Con citas frecuentes de Lenin —no

siempre cercano a Marx en lo referente a cuestiones estéticas—, la inglesa presenta un cuadro idílico de la creación artística en los países socialistas, donde con excepción de Cuba, sigue practicándose el más implacable estalinismo. No coincidimos, sin embargo, con Donoso cuando sugiere que un estado socialista, o más aún, comunista, no es capaz de asegurar los elementos necesarios para dicha creación; a la que, por otra parte, considera como la capacidad de decir *no*.

Una sociedad capaz de asegurar a todos sus miembros la satisfacción de sus necesidades materiales, forzosamente sienta la base para que el trabajo, hoy dolorosa obligación, se convierta en necesidad; para que en condiciones de igualdad, tratándose de hombres sanos física y mentalmente, se ocupe el ocio en actividades como la creación artística y la más elevada recreación. Todas estas condiciones no negarán la capacidad de decir *no*; lejos de ello, el espíritu se verá impulsado a la afirmación, no por la consigna de burocracias partidarias como señala Donoso, sino porque el hombre habrá descubierto su verdadera esencia en la comunión con seres iguales; porque habrá dejado de ser *el lobo del hombre*.

Mientras eso llega, no únicamente las grandes figuras del *boom*, sino también jóvenes como Libertella, Alsino Ramírez, Julio Ramón Ribeyro, José Agustín y otros estupenda y cariñosamente comentados por Donoso, se muestran decididos a participar con altura en las letras de este subcontinente entregado a cotidiana revolución.



* Miguel Donoso Pareja, *La hora del lobo*. Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1970. 173 pp.